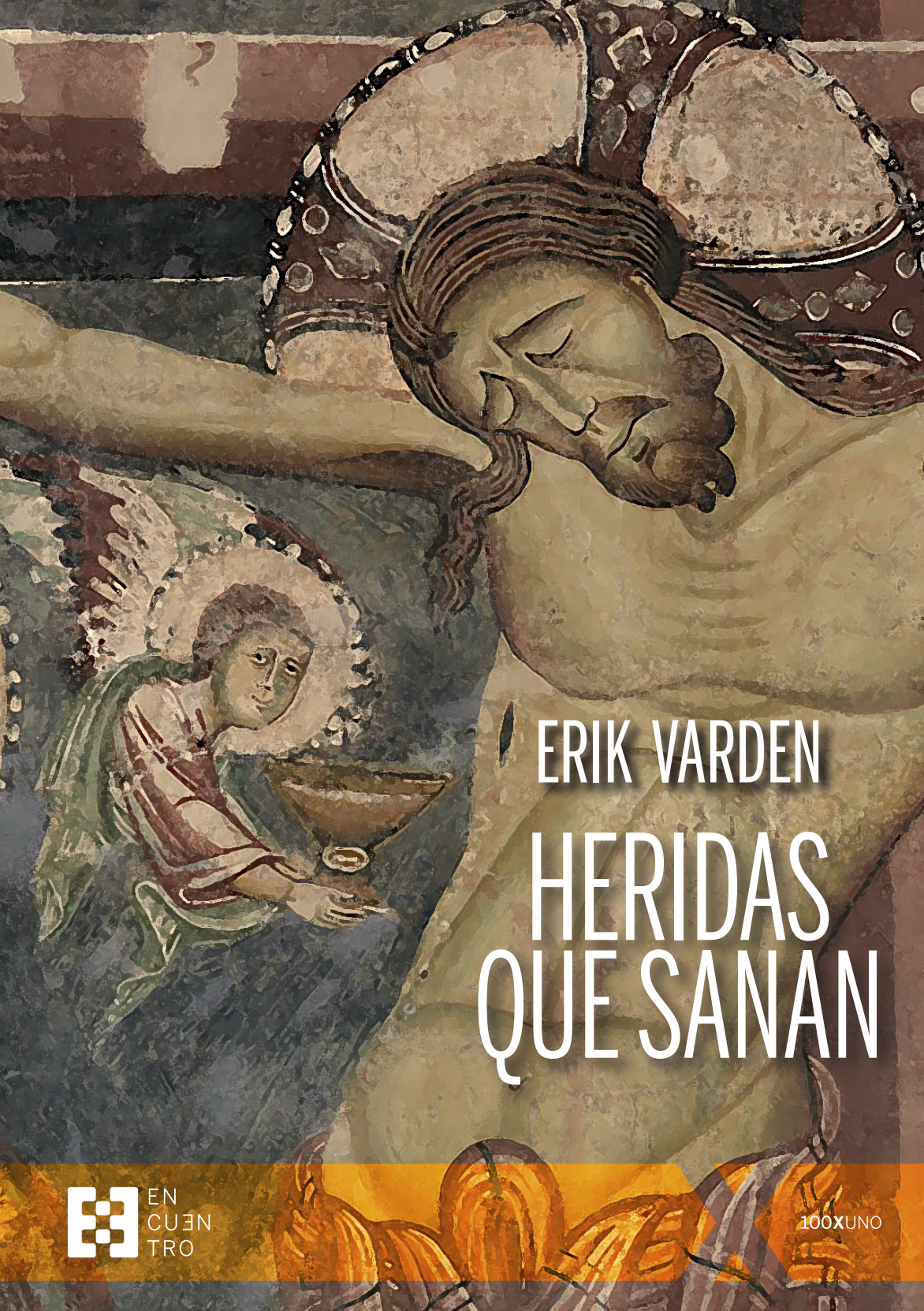




ERIK VARDEN

HERIDAS QUE SANAN



EN
CUENTRO

100XUNO

Heridas que sanan



100XUNO

Erik Varden

Heridas que sanan

Edición y traducción Carlos de Ezcurra



Título en idioma original: *Healing Wounds*

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

© Erik Varden, 2025

Esta traducción de *Heridas que sanan*, primera edición, se publica por acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc

© Edición y traducción: Carlos de Ezcurra

© Traducción de la *Rhythmica oratio* de Arnulfo de Lovaina: Armando Pego Puigbó

Imagen de cubierta: detalle de *Crucifixión*, fresco del artista conocido como «Maestro de San Agustín» procedente del monasterio agustino Santa Maria Nova, segunda mitad del siglo XIII. © Pinacoteca Civica Bruno Molajoli, Fabriano, Italia.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, n° 140

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Anzos-Madrid

ISBN: 978-84-1339-248-6

Depósito Legal: M-19888-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

AFLICCIÓN	11
TRANSFORMACIÓN.....	29
<i>Ad pedes</i> - A los pies	30
<i>Ad genua</i> - A las rodillas.....	46
<i>Ad manus</i> - A las manos	62
<i>Ad latus</i> - Al costado.....	78
<i>Ad pectus</i> - Al pecho.....	94
<i>Ad cor</i> - Al corazón.....	112
<i>Ad faciem</i> - Al rostro	132
FLORECIMIENTO	149
NOTAS.....	165
ILUSTRACIONES.....	167

Por sus heridas fuimos sanados

Isaías 53,5

En memoria de mi madre y de mi padre

AFLICCIÓN

Nuestras heridas nos son íntimas. La mayor parte del tiempo intentamos mantenerlas ocultas, alimentando, para nuestro propio beneficio y el de los demás, la ilusión de que no existen. Deseamos ser, o al menos parecer, sanos y fuertes.

Una herida es signo de una salud comprometida, a veces de forma transitoria y parcial, a veces de forma definitiva y total.

Podemos recuperarnos de los efectos de una herida y ocultar eficazmente sus huellas con cosméticos, sean estos materiales o metafóricos; sin embargo, el impacto de la herida permanece, fijado en nuestra memoria, en nuestra consciencia, aun si ya no está presente en nuestro ser físico.

La interiorización de una herida puede hacerla crecer y alcanzar proporciones fantásticas, incluso grotescas.

Ciertas vidas están marcadas por los esfuerzos para disimular heridas. La secuela de un trauma, sobre todo si se sufre en una etapa temprana de la vida, puede dar la impresión de adquirir una fuerza autónoma que ordena y forja un destino.

Un hombre o una mujer puede llegar a sentirse tan definido por una herida que cualquier otro acontecimiento o circunstancia, sea alegre o triste, parece quedar subordinado a ella. Esta persona puede estar convencida de que la tarea de su vida es esencialmente soportar esta herida, como si fuera una especie de piedra de Sísifo, y de que cualquier distracción sería fatal.

Quizá haya nobleza en tal esfuerzo. La perseverancia ante el dolor o la desgracia es digna de honor, pero eso no impide el surgimiento de un gélido *pathos* teñido de insinuaciones de inutilidad ante la persistente pregunta: «¿Para qué todo esto?».

Hay situaciones en las que las heridas se exhiben. Ya desde el inicio de la historia documentada, encontramos celebraciones de heridas de guerra, por ejemplo, como emblemas de valor y sacrificio al servicio, en principio, de una causa superior. Mitologías enteras surgieron en alabanza a tales heridas, a fin de mantenerlas en la memoria.

Sin embargo, hay aquí una ambigüedad, pues la raíz del conflicto humano es a menudo trivial. Homero puede alabar en *La Iliada* las heridas como divinas (e incluso imaginar a dioses heridos, como cuando Afrodita es alcanzada por la lanza de bronce de Diomedes), pero al fin y al cabo se trata de un espectáculo bochornoso causado por los celos de un marido engañado. Y, una vez más, nos preguntamos: «¿Para qué?».

Las heridas también se exhiben en situaciones de miseria. Hasta hace poco, en el opulento Occidente asociábamos la imagen de mendigos mostrando sus extremidades lastimadas en lugares públicos con la pintura realista del siglo XIX o con alguna genérica y desafortunada “tierra extranjera”, allende fronteras.

Eso ya no es así. La indignancia ha regresado a nuestras calles y se nos impone. En cierto sentido, es bueno que podamos verla. Nuestra conciencia social debe movilizarse.

Sin embargo, algo dentro de nosotros se rebela, y con razón. No está bien reducir a una mujer, un hombre o un niño a una herida. Es patético que la gente se reduzca a sí misma de esta manera. Una herida no tiene integridad. Se alimenta de lo que una vez estuvo entero. Presentar al mundo una versión de sí mismo que no es sino una desfiguración lastimada es mostrar un “yo” deformado que subvierte, incluso anula, la personalidad. Es rendirse a la fragmentación interior y, por ende, social.

El comercio humano en estos términos se convierte fácilmente en un juego de manipulación. Rainer Maria Rilke muestra cómo se desarrolla este juego en *Los mendigos*, un poema que nos recuerda —como ha escrito Michael Hoffman— que Rilke, durante años asistente del

escultor Rodin, «no es todo gorjeo de ángeles, celebración de la fruta, galanterías empalagosas a ancianas damas nobles y perversas observaciones sobre —principalmente contra— el sexo»^{*}.

No sabías quién formaba la muchedumbre:
un forastero descubrió mendigos entre ella,
efectuando transacciones
con las manos vacías y abiertas.

Al que llegó de fuera, le muestran
sus bocas podridas;
él —que puede permitírselo— logra observar
de qué modo la escara los consume.

En sus ojos errantes
su rostro ajeno se disuelve.
Se alegran de hallarlo seducido;
cuando habla, sienten arcadas[†].

Este texto brutal muestra cómo las heridas pueden convertirse en mercancía deshumanizadora de un comercio, utilizada para exigir lástima, haciendo imposible el intercambio franco de miradas, el fijar los ojos del otro que inviste de dignidad un encuentro.

En un nivel, hay aquí justicia. El forastero que pasa tiene dinero de sobra, el mendigo no tiene nada que perder. Pero esta complementariedad funciona solo en términos materiales. Y el ser humano es más que una unidad de materia. El espíritu de tal intercambio —afirma Rilke— es el de un rechazo mutuo que refuerza las barreras en lugar de romperlas. No hay rastro de respeto ni de compasión.

La familiaridad de la situación nos impide ver el funcionamiento constante de esta dinámica. Hace falta un viajero que venga de lejos

^{*} De una nota a la traducción de *Los mendigos*, publicada en la revista *Poetry* (abril 2008).

[†] Rainer María Rilke, *Der neuen Gedichte anderer Teil*, Insel-Verlag, Leipzig 1909, p. 43. Versión inédita en español de Álvaro Petit Zarzalejos.

para reconocerla. Pero también él integrará pronto la visión en una perspectiva cuyos confines están difuminados por la costumbre.

«A los pobres siempre los tendréis con vosotros», dice Cristo en el Evangelio cuando Judas está a punto de traicionarlo por treinta monedas de plata*. Esta afirmación —un imperativo moral implícito, la declaración de una *tarea*— puede convertirse en una almohada de plumas sobre la que nuestra cansada conciencia duerme mientras dejamos de notar las heridas que desfiguran y lastiman los cuerpos de las personas con las que nos encontramos o el cuerpo político que habitamos.

He querido establecer esta visión realista al inicio de un libro que se propone meditar sobre las heridas que Jesucristo sufrió en su sagrada pasión y sobre el modo en que estas heridas permiten la sanación de las nuestras.

En la devoción cristiana hay una tendencia a embellecer, incluso a idealizar, las heridas. Es una tendencia perversa. La naturaleza humana, creada a imagen de Dios para ser como Dios, está hecha para la integridad y la plenitud. Aquí y ahora habitamos un mundo herido, que gime con dolores de parto†. Nosotros mismos estamos heridos, sometidos a la anomalía que la Escritura llama «pecado», una enfermedad existencial que nos corroe, como las escaras que afligen a los mendigos de Rilke. El pecado deja su huella en nuestro espíritu y en nuestro cuerpo. Puede paralizar nuestra voluntad o llevarla por mal camino.

Ser plenamente humano es asumir este estado de cosas. Es reconciliarse con las pérdidas y con la condición inevitable de la muerte. Pero también es recordar que nuestras heridas pertenecen al tiempo, y que el tiempo pasará.

El Evangelio concibe el paso de un franco reconocimiento de las heridas a la perspectiva de una sanación definitiva. Propone un

* Mt 26,11.

† Cf. Rom 8,22.

panorama de transformación, «un cielo nuevo y una tierra nueva» donde «ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto, ni dolor». Allí, las primeras cosas habrán pasado*.

Sin embargo, las «primeras cosas» deben suceder primero. Esta afirmación ha sido desde el principio, y seguirá siendo siempre, el escándalo del cristianismo. El espíritu humano anhela espontáneamente una salvación capaz de eliminar de un plumazo todo lo que causa dolor, todo lo que inflige heridas. La expectativa básica de un alivio instantáneo es la misma cualquiera que sea nuestro registro de esperanza: digital, político, financiero, farmacéutico, metafísico o espiritual.

En el Evangelio, esta esperanza parece cumplirse a primera vista cuando Juan, el Precursor, apunta a Cristo y exclama: «Este es el Cordero de Dios que *quita* el pecado del mundo»†. ¿No es eso precisamente lo que busco? Una instancia capaz de levantar la carga que llevo y que me lastima, para quitármela y arrojarla, realmente no importa dónde —aún con emisiones de carbono—, siempre y cuando nunca tenga que volver a cruzarme con ella. Pero la realidad no funciona así.

La exposición paciente a la obra y a la promesa de Cristo nos hacen ver que este tipo de expectativas son vanas. El Cordero de Dios no quita el pecado blandiendo una varita, sino levantándolo y cargándolo sobre sí‡. Yo, por mi parte, estoy llamado a llevar mi propia carga§. En la medida en que lo haga en comunión con Cristo, como

* Ap 21,1.4.

† Jn 1,29.

‡ El verbo que Juan emplea en 1,29, αἶρεν, significa «tomar y llevar», como el *tollere* de la Vulgata de Jerónimo. Cristo carga con el pecado para eliminarlo, por supuesto; pero el proceso no es automático. Nosotros, que vivimos en la era de la máquina y de lo virtual, debemos recordarlo. Nuestro pecado es asumido primero, y luego procesado a través de la pasión.

§ Cf. Gál 6,5.

miembro de su cuerpo^{*}, mi carga será transformada. Seguirá siendo reconocible por lo que es, pero el yugo que representa será llevadero y la carga ligera[†]. Lo que antes parecía aplastarme, ahora me elevará. Me encontraré en un movimiento ascendente. Un sol surgirá de mi oscuridad con la salud en sus alas[‡], permitiendo que mis heridas, al sanar, florezcan misteriosamente.

Esta dinámica paradójica, que no tiene mucho sentido en términos empíricos, está en el corazón de lo que Pablo llama «la lógica de la cruz». Es locura para el mundo, pero para quienes se empeñan locamente en construir su existencia en estos términos es una fuente de poder, de curación y de alegría[§].

La cruz es el emblema de la herida mortal infligida al Dios hecho hombre. Es central, crucial, para el kerigma cristiano.

En el más antiguo de los cuatro evangelios, el de Marcos, fechado convencionalmente en torno al año 65 d.C., la revelación de Jesús sobre su llamada a sufrir y morir de manera pública se realiza en la mitad de la narración, al final del capítulo 8. Este pasaje constituye el quicio sobre el que gira la historia. Los capítulos 9 a 16 son esencialmente el relato de la “subida” del Señor a Jerusalén, al Calvario.

El «Evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios»[¶], se nos recuerda, no puede ser presentado solo en términos de reforma moral o social. La buena nueva está focalizada en un sacrificio que “debe” llevarse a cabo^{**}, heridas que deben soportarse, una muerte que debe sufrir.

* Ef 5,30.

† Cf. Mt 11,30.

‡ Cf. Mal 4,2 [3,20].

§ Cf. 1 Cor 1,18.

¶ Mc 1,1.

** Mc 8,31.

Al mismo tiempo, Jesús deja claro que el sufrimiento y la muerte no tendrán la última palabra: «a los tres días resucitará». «Decía esto con toda claridad»^{*}: no había secreto al respecto. Pero tan imperiosa es la muerte en la percepción humana que nos cuesta ver más allá. La fe y la vida cristiana son una pedagogía que abre poco a poco nuestros ojos: nuestra condición herida no es un estado definitivo.

Somos educados en esta forma de ver al enfrentarnos con lo que nos asusta, como los antiguos israelitas al salir del monte Hor durante el éxodo de Egipto. Cuando las serpientes venenosas invadieron su campamento y los mordieron causaron la muerte de muchos. Moisés oró al Señor y recibió este consejo: «Haz una serpiente abrasadora y colócala en un estandarte; los mordidos por serpientes quedarán sanos al mirarla»[†]. Moisés obró conforme a la palabra recibida: «Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó en un estandarte. Cuando una serpiente mordía a alguien, este miraba a la serpiente de bronce y salvaba la vida»[‡].

En el cuarto evangelio, Jesús se aplica este antiguo acontecimiento a sí mismo, es decir, a su inminente crucifixión, como un signo profético. Le dice a Nicodemo: «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna»[§]. Juan, que escribió unas tres décadas después de Marcos, en los años noventa del siglo I, había interiorizado tanto el anuncio de la cruz que lo presentó como tema estructurante al inicio de su evangelio, para desarrollarlo luego.

Pablo, otro testigo capital de los primeros tiempos, también basó su predicación en el hecho de la crucifixión de Cristo. No perdió el

^{*} Mc 8,32.

[†] Núm 21,8.

[‡] Núm 21,9.

[§] Jn 3,14-15.

tiempo en sutiles preámbulos. A principios de los años cincuenta, veinte años después del Calvario y antes de que ninguno de los evangelios hubiera alcanzado su forma definitiva, escribió a los corintios recordando su llegada a ellos como evangelizador: «cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado»^{*}.

Sin embargo, el énfasis constante del Nuevo Testamento en la centralidad de Cristo cruelmente herido en la cruz para la vida y la fe cristiana no debe hacernos pensar que los fieles asumieron este mensaje con facilidad. Pablo admite que el relato de Cristo crucificado estaba destinado a ser «escándalo para los judíos y necesidad para los gentiles»[†]. En el evangelio de Marcos, Pedro, jefe de los Doce, de quien Marcos era discípulo, responde a las palabras de Jesús sobre el necesario sufrimiento, reconviniendo a su Maestro[‡]. Juan registra el discurso místico de Jesús sobre «el tipo de muerte que iba a sufrir» solo para observar que quienes lo escuchaban «no le creían»[§].

Esta perplejidad acompañó al cristianismo primitivo. La encontramos expresada tanto en palabras como en imágenes.

Hasta donde sabemos, la representación pictórica más antigua de la crucifixión de Cristo procede de un grafiti inciso en yeso cerca del Monte Palatino, en Roma. Su fecha exacta es incierta, pero probablemente se realizó a principios del siglo II. En aquella época ya había en Roma cristianos que habían oído el Evangelio predicado por Pedro y Pablo. Este es el aspecto del grafiti:

^{*} 1 Cor 2,1-2.

[†] 1 Cor 1,23.

[‡] Mc 8,32.

[§] Jn 12,23-37.



La inscripción representa de manera burda un cuerpo humano con cabeza de asno. El cuerpo está fijado a una cruz. En una esquina vemos lo que parece una cruz *tau* en forma de Y. A la izquierda hay un hombre vestido como un soldado con una mano levantada en señal de homenaje. Un epígrafe, torpemente escrito, reza en griego: «Alexamenos adora a dios».

La imagen es una caricatura. Pretende ridiculizar al devoto. La broma es mordaz: “¿Está adorando a un hombre crucificado? No puedes hablar en serio. Menudo burro”.

A veces se dice que, para apreciar la carga simbólica del crucifijo en la Antigüedad, los modernos deberíamos pensar en la soga de un verdugo o en una silla eléctrica. Estas asociaciones pueden engañar. La horca y la silla fueron concebidas como medios compasivos de



Heridas que sanan

Todos cargamos heridas que preferimos ocultar. Cicatrices invisibles que pesan como piedras en el alma. Buscamos ayuda en terapias, filosofías y consejos espirituales, pero persiste esa pregunta que nos desgarrar por dentro: ¿para qué este dolor?

¿Qué hacer cuando el sufrimiento se vuelve insoportable y las respuestas convencionales ya no bastan? El monje y obispo Erik Varden nos propone un camino. Inspirándose en un antiguo poema cisterciense, este libro nos invita a contemplar las heridas de la pasión de Cristo. Nos muestra cómo, al unir nuestro sufrimiento al de Él, podemos hallar no solo consuelo, sino la fuente viva para sanar nuestras propias heridas.

Con la sabiduría de siglos de tradición monástica y referencias que abarcan desde las Escrituras hasta la cultura contemporánea, Varden nos desafía a ver la vulnerabilidad no como una debilidad, sino como una puerta a la gracia. Nuestras heridas, al sanar, pueden florecer para ser provecho y consuelo para los demás.

Heridas que sanan es una obra indispensable para aquellos que buscan en la fe una respuesta auténtica al dolor de la existencia.

Depósito Legal: M-19888-2025



ISBN: 978-84-1339-248-6



9 788413 392486